

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

M. Guyau

La Vida

Existencia y vida, desde el punto de vista fisiológico, implica *nutrición*; por consiguiente, apropiación, transformación para sí de las fuerzas de la naturaleza: la vida es una especie de *gravitación sobre sí*. Pero el sér necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario; *el ahorro* es la ley misma de la naturaleza. ¿En qué se convertirá este exceso de fuerza acumulado por todo sér sano, esta superabundancia que la naturaleza consigue producir?—Podrá, desde luego, gastarse por la *generación*, que es un simple caso de nutrición. «La reproducción—dice Haeckel (1)—es un exceso de nutrición y de acrecentamiento, por virtud del cual una porción del individuo se erige en todo independiente». En la célula elemental, la generación toma la forma de una simple división. Más tarde, una especie de distribución del trabajo se hace, y la reproducción conviértese en una función especial cumplida por las células germinales: es la *esporogonia*. Más tarde, en fin, dos células, una ovularia y espermática otra, se unen y se confunden para formar un nuevo individuo.

(1) Morfología, II, 16.

Esta conjunción de dos células no tiene nada de misterioso: el tejido muscular y el nervioso resultan en gran parte de estas fusiones celulares. Sin embargo, se puede decir que con la generación sexual ó *amfígonia* empieza para el mundo una nueva fase moral. El organismo individual cesa de estar aislado; su centro de gravedad cambia por grados, y cada vez cambiará más.

La sexualidad tiene una capital importancia en la vida moral: sí, por un imposible, la generación asexual hubiera prevalecido en las especies animales, y finalmente en la humanidad, la sociedad apenas existiría. Se ha notado desde hace mucho tiempo, que los célibes de de uno y otro sexo, los eunucos, son habitualmente más egoístas; su centro permanece siempre en lo más profundo de ellos mismos, sin oscilar jamás. Los niños también son egoístas; aun no tienen un exceso de vida que derramar fuera. Es hacia la época de la pubertad cuando sus caracteres se transforman: el hombre joven tiene todos los entusiasmos, está dispuesto á todos los sacrificios, porque en efecto, es menester que sacrifique alguna cosa de sí, que se disminuya en una cierta medida; vive demasiado para no vivir más que para sí mismo.

La época de la generación es también la de la generosidad. El anciano, al contrario, se siente con frecuencia inclinado á volverse egoísta. Los enfermos tienen las mismas tendencias; todas las veces que el caudal de vida está disminuído, se produce en el sér entero una necesidad de ahorrar, de guardarse para sí; se vacila en dejar filtrar al exterior una gota de la savia interna.

La generación tiene, como primer efecto, el producir un agrupamiento de los organismos, crear la familia, y por ésta la sociedad; pero este es uno de sus efectos más visibles y más groseros. El instinto sexual, acabamos de verlo, es una forma superior, pero particular, de la necesidad general de fecundidad. Ahora bien: esta necesidad, síntoma de un exceso de fuerza, no obra solamente sobre los órganos especiales de la generación, acciona sobre el organismo entero; ejerce en todo el sér una especie de presión cuyas diferentes formas vamos á enumerar:

1.º *Fecundidad intelectual*.—No sin razón se han comparado las obras del pensador á sus hijos. Una fuerza interna obliga también al artista á proyectarse al exterior, á darnos sus entrañas, como el pelicano de Musset.

Agreguemos que esta fecundidad es algo opuesta á la generación física; el organismo no puede realizar, sin sufrimiento, este doble gasto. También en las especies animales, la fecundidad física parece decrecer con el desarrollo del cerebro. Los más grandes genios sólo han tenido, generalmente, hijos menos que mediocres, cuya raza se ha extinguido rápidamente. Sin duda estos genios viven todavía hoy, por sus ideas, en el cerebro de la raza humana, pero su sangre no ha podido mezclarse con la de ésta.

La fecundidad intelectual puede conducir también á una especie de relajamiento: se puede abusar del cerebro. El hombre joven se gasta, á veces, para

toda su vida, por el exceso prematuro de trabajo intelectual. La joven americana puede de la misma manera comprometer su maternidad futura ó la suerte de la generación que nacerá de ella. Es de moralidad limitar aquí, como en otras manifestaciones, el instinto de productividad. Por regla general, el gasto sólo debe ser una excitación de la vida y no un agotamiento.

Cualquiera que sea, la necesidad de la fecundidad intelectual, más aún que la fecundidad sexual, modifica profundamente las condiciones de la vida en la humanidad.—El pensamiento, en efecto, es impersonal y desinteresado.

2.º *Fecundidad de la emoción y de la sensibilidad*.—Lo mismo que la inteligencia, la sensibilidad quiere ejercitarse. No somos bastante para nosotros mismos; tenemos más lágrimas de las que hacen falta para nuestros propios sufrimientos; más goces en reserva de los que justifica nuestra propia felicidad. Es menester dirigirse á otros, multiplicarse uno mismo por la comunidad de los pensamientos y de los sentimientos.

De ahí una especie de inquietud en el sér demasiado solitario, un deseo no logrado. Cuando se experimenta, por ejemplo, un placer artístico, se querría no ser solo á gozar. Se desearía hacer saber á otro que uno existe y siente, sufre y ama. Se querría despedazar el velo de la individualidad.—¿Vanidad?—No, la vanidad está muy lejos de nuestro pensamiento. Es más bien lo contrario al egoísmo. Los placeres muy inferiores, esos son á veces egoístas. Cuando no hay más que un pastel, el niño desea ser solo á comerlo. Pero el verdadero artista no querría ser solo en ver alguna cosa hermosa, en descubrir alguna cosa cierta, en experimentar un sentimiento generoso (1).

(1) Es preciso, no obstante, distinguir aquí entre el goce del *artista*, que es siempre fecundo, por consiguiente generoso, y el del *aficionado al arte*, que

Hay, en esos placeres elevados, una fuerza de expansión siempre pronta a romper la estrecha envoltura del yo. En presencia de ellos se siente uno insuficiente, hecho sólo para transmitirlos, como el átomo vibrante del éter transmite de un punto á otro el rayo de luz sideral que lo atraviesa y del cual no retiene más que el estremecimiento de un instante.

También aquí, sin embargo, es menester evitar una expansión exagerada de la vida, una especie de libertinaje afectivo. Hay hombres, raros, por otra parte, que han vivido con exceso para los demás y que no han retenido bastante para ellos. Los moralistas ingleses los censuran con suficiente razón. ¿Es seguro que un hombre eminente tenga siempre el derecho de arriesgar su vida para salvar la de un imbécil? La madre que se olvida demasiado de sí misma puede condenar de antemano á una vida enfermiza y dolorosa al hijo que lleva en su seno. El padre de familia que se somete, con los suyos, á cotidianas privaciones, preparando una posición desahogada á sus hijos, conseguirá, en efecto, dejar alguna fortuna á seres llegados en mal momento, sin valor para la especie.

3.º *Fecundidad de la voluntad.*—Tenemos necesidad de producir, de imprimir sobre el mundo la forma de nuestra actividad. La acción ha llegado á ser una especie de necesidad para la mayoría de los hombres. La forma más constante y más regular de la acción es el *trabajo*, con la atención que exige. El salvaje es incapaz de un verdadero trabajo, tanto más cuanto mayor es su degradación. Los organismos que entre nosotros son los residuos todavía vivientes del hombre primitivo—los criminales—tienen generalmente como rasgo distintivo el horror

al trabajo. No se aburren en la holganza. Se puede decir que el aburrimiento es, en el hombre, un signo de superioridad, de fecundidad del querer. El pueblo que ha conocido el *spleen* es el más activo de los pueblos.

Con el tiempo el trabajo se hará cada vez más necesario para el hombre. Pues bien, el trabajo es el fenómeno á la vez económico y moral en que mejor se concilian el egoísmo y el altruismo. Trabajar es producir y producir es ser á la vez útil á sí mismo y á los demás. El trabajo no puede convertirse en peligroso más que por su acumulación bajo la forma de capital; entonces puede adquirir un carácter francamente egoísta y, en virtud de una contradicción íntima, conducir á su propia supresión por la misma ociosidad que permite. Pero bajo su forma viva, el trabajo es siempre bueno. A las leyes sociales corresponde impedir los nocivos resultados de la acumulación de aquél—exceso de ociosidad para uno mismo y de poder sobre los demás—como se vigila para aislar las pilas eléctricas demasiado poderosas.

Hay necesidad de querer y de trabajar no sólo para sí, sino también para los demás. Es preciso ayudar á los otros, contribuir con el propio esfuerzo á empujar el coche que la humanidad arrastra penosamente, en todo caso moverse alrededor. Una de las formas inferiores de esta necesidad es la *ambición*, donde no hay que ver únicamente un deseo de honores y de notoriedad, sino que es también y ante todo una necesidad de acción ó de palabra, una abundancia de la vida bajo su forma, un poco grosera, de potencia motriz, de actividad material, de tensión nerviosa.

Ciertos caracteres poseen sobre todo la fecundidad de la voluntad, por ejemplo, Napoleón I; éstos cambian la faz del mundo con el fin de imprimir en él su efigie: quieren sustituir, por la suya, la voluntad ajena, pero tienen una sen-

puede ser estrecho y egoísta, porque es totalmente estéril. Véanse nuestros *Problemas de la estética contemporánea*.

sibilidad pobre, una inteligencia incapaz de *crear*, en el amplio sentido de la palabra, una inteligencia que no vale por sí misma, que no piensa por pensar y de la cual hacen el instrumento pasivo de su ambición. Otros, al contrario, tienen una sensibilidad muy desarrollada, como las mujeres (que han representado tan gran papel en la evolución humana y en el establecimiento de la moral), pero carecen frecuentemente de inteligencia ó de voluntad.

En suma, la vida tiene dos aspectos: por el uno es nutrición y asimilación, por el otro producción y fecundidad. Cuanto más adquiere más necesita gastar: esta es su ley. El gasto no es fisiológicamente un mal, es uno de los términos de la vida. Es la expiración que sigue á la inspiración.

Por lo tanto, el gasto para los demás que exige la vida social no es, hecha la cuenta, una pérdida para el individuo; es un engrandecimiento apetecible, y hasta una necesidad.

El hombre quiere convertirse en un sér social y moral, permanece siempre atormentado por esta idea. Las delicadas células de su cerebro y de su corazón, aspiran á vivir y á desarrollarse, del mismo modo que esos «homunculi» de que habla Renán en alguna parte; cada uno de nosotros siente en sí mismo una especie de crecimiento de la vida moral, como el de la savia física. Vida es fecundidad y, recíprocamente, la fecundidad es la vida rebosante, es la verdadera existencia. Hay una cierta generosidad inseparable de la existencia, y sin la cual se muere, se agosta uno interiormente. Es preciso florecer: la moralidad, el desinterés, es la flor de la vida humana.

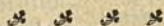
Se ha representado siempre á la caridad como una madre que tiende á los niños su pecho lleno de leche; es porque

en efecto la caridad se confunde con la fecundidad desbordante, es como una maternidad demasiado grande para limitarse á la familia. El seno de la madre necesita bocas ávidas que lo agoten, el corazón del sér verdaderamente humano requiere también hacerse dulce y compasivo para todos: hay en el mismo bienhechor un llamamiento interno en favor de los que sufren.

Hemos comprobado, hasta en la vida de la célula ciega, un principio de expansión que hace que el individuo no pueda bastarse á sí mismo, la vida más rica es también la que se encuentra más llevada á prodigarse, á sacrificarse en una cierta medida, á partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más perfecto será también el más sociable, y que el ideal de la vida individual es la vida en común. Por eso se halla colocada de nuevo en el fondo mismo del sér, la fuente de todos esos instintos de simpatía y de sociabilidad que la escuela inglesa nos ha mostrado con mucha frecuencia como adquiridos más ó menos artificialmente en el curso de la evolución, y por consiguiente como más ó menos adventicios.

Estamos lejos de Bentham y de los utilitarios, que tratan de evitar en todas partes la pena, que ven en ésta el enemigo irreconciliable: es como si no se quisiera respirar demasiado fuerte, por miedo á gastarse. En el mismo Spencer hay todavía mucho utilitarismo. Con frecuencia, además, mira las cosas exteriormente, no ve en los instintos desinteresados más que un producto de la sociedad. Nosotros creemos que hay, en el mismo seno de la vida individual, una evolución correspondiente á la evolución de la vida social y que la hace posible, que es la causa en vez de ser el resultado.

(De *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, págs. 93 á 100.)



Los Factores de la Educación social

VI Y ÚLTIMO

Somos de los que no creemos en ninguna moral dogmática, en ninguna obligación impuesta por una autoridad exterior á nosotros mismos, sea cual fuere la forma en que se presente. Creemos que la consciencia moral se ha ido formando por una serie de hábitos y que, por consiguiente, estas manifestaciones están sujetas á la variación, á la adaptación al medio social. Consiguientemente, no admitimos en nuestros actos ningún mérito ó demérito, fuera del beneficio ó del perjuicio que puedan causar á la sociedad en el seno de la cual vivimos y del bien ó del mal que son susceptibles de causarnos á nosotros mismos. Es decir, que rechazamos toda idea de sanción, sea sobrenatural, sea social. No admitimos, para la sociedad, más que el derecho de defensa contra todo lo que atente á sus miembros, y aun limitando este derecho de defensa á las precauciones estrictamente necesarias para preservarse de un mal.

Claro está que esta manera de ver arrastra consecuencias que tienen su primer efecto en la educación, pues que no podemos imaginar una sociedad justa, en la que la armonía exista entre todos sus miembros, que cuando todos los individuos que la componen sean conscientes del papel que en ella desempeñan y de las obligaciones mutuas sin las cuales no puede haber organización ni libertad alguna.

Existe, pues, una moral individual y social, independiente de toda opinión, porque tiene su fuente en la misma vida del hombre, cuyos principios han sido entrevistados con más ó menos claridad por los hombres de todos los tiempos y

cuyo conjunto confuso ha sido calificado de «moral natural.»

Esta moral natural, desasida de las nubes que aun la envuelven, purificada de toda mística idea, ampliada segun las enseñanzas que sacamos de las ciencias biológicas y de la sociología, esta moral real es la que debemos hacer practicar á los niños.

Decimos «hacer practicar» y no «enseñar.» En efecto, la moral no es un conjunto de reglas sistemáticas que sea fuerza aprender, bastando conocerlas sin jamás aplicarlas ó poco menos. La moral es un conjunto de hábitos que hay que adquirir, dándose siempre cuenta de por que se adquieren.

Es lo que nos conduce á decir que es necesario hacer *practicar* la moral á los niños; pero esto nos hace agregar que, debiendo obligarnos á no hacerles hacer nada sin que comprendan el *por qué*, tenemos que limitarnos rigurosamente á los actos de su vida infantil para enseñarles la vida social. En efecto, en sus relaciones diarias con sus padres, con sus camaradas y con las diferentes personas conocidas suyas, aprenderán la práctica de la independencia en la solidaridad.

El primer hábito que es preciso adquieran los niños, desde que están en estado de comprender, es el de la sinceridad. Toda sociedad descansa sobre la confianza mutua, es decir, sobre la convicción de que ningún asociado engaña á los demás. Y no tememos decir que el mayor tropiezo con que topa el progreso social, el estado de estagnación en el cual vivimos, es precisamente la hipocresía que impera de un extremo á otro

de la cadena de nuestras diversas agrupaciones humanas. Esta astucia nos viene de la bestia, y es señal de debilidad, de impotencia moral é intelectual.

Cobardía hay en la mentira, en este miedo á confesar en alta voz, lo que se es y lo que se piensa. Es la consecuencia de la aplicación del derecho del más fuerte, ante el cual los vencidos se callan y se vengán con el engaño, pero envileciéndose y debilitándose aun más.

Ahora bien, en presencia de sus padres, el niño es un débil; está, pues, inclinado á mentir, y se fortifica en esta tendencia cuando observa que sus padres tiemblan y mienten ante otros dueños. Persuadámonos de que no habrá para nuestros hijos ninguna libertad posible mientras que arrastrados por el atavismo y por el ejemplo, tengan la detestable costumbre de mentir y de engañar.

Pero para que nuestros hijos adquieran el hábito de la sinceridad, es necesario que sepamos inspirarles confianza; es necesario que no tan sólo no mintamos ante ellos, sino que estén bien persuadidos de que sus faltas no les acarrearán por parte nuestra represalias tan inútiles como ininteligentes; que, si cometen una acción censurable nos limitaremos á hacerles comprender *por que* hicieron mal, haciéndoles sentir, cuando haya lugar, las *consecuencias naturales* de su falta. Por ejemplo, en el caso de la mentira la pérdida de la confianza de los demás es suficiente para corregir al mentiroso, á condición de que se tenga cuidado en restituirle esta confianza á medida que se compruebe sus esfuerzos para perder uno tan mala costumbre.

El procedimiento que hemos indicado con respecto á la imaginación, y que consiste en no creer los relatos inverosímiles de los niños, tiene asimismo una grande influencia para incitarles á ser francos.

Sin querer acabamos de hacer una di-

gresión que amenaza llevarnos muy lejos y conviene no olvidar que no escribimos un tratado de educación, y que, por lo tanto, no podemos entrar aquí en el detalle de los procedimientos que se pueden emplear.

Volviendo á nuestro principal objeto, diremos que otro de los hábitos importantes que hay que hacer adquirir á los niños es el de hacerse útiles. Todos los que se han ocupado seriamente de educación no han dejado de observar que los pequeñuelos son felices cuando pueden prestar su ayuda á alguien. Se les ve ocuparse con ardor hasta de cosas fatigantes cuando se consiente en aceptar sus servicios, lo que á menudo les causa un insigne placer. Únicamente que hay que saber pedirles esta ayuda. No debe ser esta una imposición brutal, una orden sin réplica, sino un favor que se les pide á cambio de los que sin cesar necesitan de nosotros. Así se les eleva á sus propios ojos creyéndoles dignos de ser útiles, es decir, ocupar su lugar en la sociedad. En una palabra, es tratarles como á hombres libres y razonables y nada tan favorable como esto para hacer de ellos seres conscientes.

Es necesario asimismo enseñarles á saber contentarse de lo que tengan necesidad y á tener en cuenta que otros tienen las mismas necesidades á satisfacer y que, por consiguiente, deben pensar que todo lo que pudieren tomar fuera de lo que es necesario es un robo que se hace á la comunidad. Como consecuencia debe acostumbrárseles á reclamar las cosas indispensables y adquirir los medios de procurárselas cuando estos medios están á su alcance, con tal que no sea ni por la astucia ni por la violencia.

Debemos esforzarnos al propio tiempo en hacer que consideren todo trabajo, manual ó material como teniendo un mismo valor, siempre que tienda á un fin útil. Importa grandemente destruir,

hasta
estúpido
servil,
profesi
madas.
baja es
la igno
blecer
los hor
ción, co
recerán

La c
los háb
niños.
su tier
ciones,
ellos y
juegos
este tr
por un
dican v
ellos m
ticular
libertad

En fi
libre c
simpáti
los anir
y bello.

Supo

Por

Si cie
la exist
mos qu
equilib
los met
pública
con ridi
Sólo
cerebro
los der

hasta impedir que nazca en ellos el estúpido prejuicio del trabajo noble y servil, allanar la barrera que separa las profesiones llamadas liberales de las llamadas manuales. Todo hombre que trabaja es igualmente honorable. Tan sólo la ignorancia es la que permite establecer estas categorías; cuando todos los hombres reciban una buena educación, cesarán de ser groseros y desaparecerán las últimas desigualdades.

La organización es también uno de los hábitos que hay que inculcar en los niños. Es necesario que sepan distribuir su tiempo según sus diversas ocupaciones, que aprendan á entenderse entre ellos y para esto nada mejor que los juegos y el trabajo en común; pero no este trabajo reglamentado y distribuido por un dueño, sino aquel á que se dedican voluntariamente los niños y que ellos mismos organizan. Sobre este particular hay que dejarles en completa libertad.

En fin, es necesario dejarles que den libre curso á todos sus sentimientos simpáticos hacia sus semejantes, hacia los animales, hacia todo lo que es bueno y bello.

Supongamos ahora (y alguno cono-

ce) un niño educado según los principios que acabamos de enunciar y que ha alcanzado la edad de doce años. Es la época normal para emprender estudios, no más importantes, pero que reclaman un cierto juicio en quienes los emprenden. De los 12 á los 20 años nuestro niño aprenderá el por qué de los fenómenos de detalle que ha observado en sus precedentes lecciones de cosas. Aprenderá asimismo á conocer la tierra en que vive, los hombres que la habitan y su historia. Y cuando haya terminado estos estudios generales (que en la presente época hará como pueda, en la escuela de día ó nocturna), cuando tenga 20 años, en lugar del servicio militar, comenzará su servicio social por el estudio de la sociología, por la lucha contra la reacción contra el autoritarismo bajo todas sus formas, con tanta mayor fuerza cuanto más sabrá lo que se hace y habrá aprendido á vivir en perfecta armonía con sus semejantes, por haber adquirido las cualidades sociales sin las cuales ningún serio progreso puede lograrse, estrellándose todas las energías y todos los sacrificios contra los peores obstáculos, que son los vicios de los mismos que pretenden á la libertad.

Ricardo Mella

Por la anarquía

II

Si ciertas ideas sobre el combate por la existencia fueran fundadas, tendríamos que erigir en regla de vida el desequilibrio, la anormalidad, y tal hacen los metafísicos de la legua que en la plaza pública emboban al respetable público con ridículos volatines.

Sólo así puede llamarse libertad del cerebro á la congestión que mata, con los demás órganos, la individualidad

entera. Sólo así puede afirmarse la belleza de la tiranía y la fatalidad de la esclavitud. Sólo así puede decirse que el desenvolvimiento y la potencia de la individualidad está en relación inversa del desenvolvimiento y de la potencia de sus elementos componentes.

Cualquiera sutileza filosófica, por hermosa que parezca, será impotente para probar que la salud del hombre consiste

en que el cerebro reviente de hartazgo mientras perecen de anemia los demás órganos; que la libertad del hombre estriba en devorar á los demás hombres. Por abstracta que sea la idea de normalidad, de salud, de libertad, se nos impone en el sentido del desenvolvimiento coordinado de *todos* los elementos componentes de una individualidad. Lo contrario equivale á establecer que la apoplejía es el estado de salud para el cerebro, que la indigestión es el estado de salud para el estómago y que... al individuo hombre que lo parta un rayo.

Sí; en general hay que considerar á todos los individuos de todas las especies como casos anormales, principalmente á los individuos de la especie hombre civilizado. Precisamente de la anormalidad reconocida de todos los individuos de todas las especies se deriva la concepción del tipo normal, del mismo modo que de la realidad conocida de la parte, se deriva el concepto del todo; de algo, el de nada; de lo finito, el de infinito; de lo uno, lo vario. Todo existe en desequilibrio permanente, en estado anormal, sea. Pero ¿no hay siempre una resultante armónica, una tendencia invariable al equilibrio, á la normalidad, al estado de salud, mediante la que cada individuo, *todos* los individuos, coexisten y se envuelven sin anularse? Para hablar de equilibrio es preciso un estado inicial de desequilibrio anterior. Se empieza por una oposición y se acaba por una coordinación.

Es necesaria la neurosis, la impotencia cerebral de composición, para no ver en la existencia más que su lado patológico erigiendo en teoría de la vida la realidad de la muerte.

Lucha, guerra, esclavitud, tiranía, antropofagia, cantadas por hombres que presumen de ciencia y de anarquía, esas son las grandezas intelectuales que conducen á la superhombria y al manicomio. La filosofía ultraradical se diluye

en las alucinaciones del misticismo religioso. El pasado y el presente se dan la mano á través de las casas de salud.

Las relaciones, las influencias reciprocas de unos elementos respecto de otros no son la misma cosa que esclavitud y tiranía. Aquéllas son el caso general, éstas el particular. Cuando tales influencias no son coordinadas puede surgir la absorción, la tiranía; surge casi siempre. Y entonces la salud falta, la normalidad se rompe. Patología pura, quiérase que no. Cuando las relaciones sociales no se libran en la armónica plenitud del desenvolvimiento de todos los componentes, la sociedad, como el hombre, enferma. Hay tiranía, hay esclavitud. Por todos los siglos de los siglos, pese á todas las teologías, y á todas las metafísicas, la coexistencia de todo lo que es tendrá por condición el equilibrio, la normalidad, la salud. Póngase por delante toda la movilidad, toda la inestabilidad que se quiera; póngase por delante, á medida del deseo, lucha, desequilibrio, preponderancias y subordinaciones, sólo se es al precio del equilibrio, de la coordinación, de la armonía, de la solidaridad de cuanto existe. Si las cosas ocurrieran de otro modo, nada de lo que es sería.

Se nos habla del individuo en sí y para sí, de su única realidad. Se nos habla de su libertad interna. Pero ¿es que cabe hacer abstracción absoluta de los otros individuos? ¿es que la libertad interna misma no depende, en gran parte, de las influencias infinitas de los demás individuos? ¿es que hay algo que pueda ser por sí solo? La existencia entera no es sino pura relación y cambio. No hay manera de concebirla desligada individualmente del resto de individualidades. La ciencia puede hacer y hace de hecho el estudio de un músculo, de un átomo, aisladamente. Ello es simple artificio. Para estudiar una función se empieza por prescindir de sus concomitantes. Es una facultad de nuestro entendimiento y una

convención que impone el método, nada más. Pero los concomitantes están siempre presentes estorbando la penosa investigación, llamando siempre al orden al atrevido estudiante que osa olvidarse, abstraerse de la vida de relación que bulle en derredor de su soñado individuo, con su única realidad de laboratorio.

Dejemos en paz el lado psicológico de la cuestión. Ello está muy oscuro todavía y mientras la vida nos llame con recios aldabonazos tenemos algo muy importante en que ocuparnos fuera de las sutilezas y filigranas con que quieren singularizarse los que no se acomodan á la pequeñez de su individualidad y delirán con el delirio de la grandeza, ofician-tes presuntos de dioses, despreciadores de la enorme masa humana que trabaja y se afana en la estulticie, vengadores y crueles de boquilla, sanguinarios imaginativos como Jehovás de guardarropía con su caja de rayos y truenos, que harían reír á medio mundo si este medio mundo no padeciera una lamentable flogedad en las extremidades inferiores por imbecilidad congénita de todo el organismo.

Quedemos, pues, en que considerado el individuo en sí mismo, es su única realidad, su dios, su todo y en que la libertad consiste precisamente en el pleno desenvolvimiento de la individualidad. Quedemos asimismo en que, naturalmente, como las individualidades se cuentan por millones, para que cada una se desenvuelva es necesario que entren, por así decirlo, en competencia de desarrollo y que, por fin, el principio de vida es precisamente, ó lo parece, un principio de lucha, de combate, de pugilato. ¿Deduciremos de aquí la fatalidad de la tiranía de unos sobre otros, la destrucción de unas individualidades por otras individualidades? Tanto valdría que mi vecino dijera: «Puesto que Fulanito come todos los días buenas chuletas

y se atraca de aves, peces y plantas, y los Fulanitos que tal hacen se cuentan por millones, es claro como el agua, cuando el agua no está turbia, que en el mundo no hay más principio formal que el de devorarse los unos á los otros, y desde mañana mismo me dispongo á tragarme hasta á mis congéneres, si me es necesario ó se me antoja. Así engordaré y me desarrollaré integralmente, que es todo lo que exige mi personalidad, ó dígame mi única realidad».

Glosando á Newton cuando afirma que la materia atrae á la materia, ó por lo menos las cosas pasan *como si se atrajeran*, diremos que así como del mundo de la materia inconsciente no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unas moléculas atrajesen á otras moléculas, unos planetas á otros planetas, del mundo vivo, del mundo consciente, no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unos elementos lucharan con otros. Mas así como en los espacios planetarios cada mundo persiste en su órbita y coexisten todos armónicamente sin que la atracción los lance unos contra otros; así como en los espacios intermoleculares cada molécula perdura en su esfera de acción sin que las unas á las otras se aniquilen, formando, por el contrario, coordinaciones superiores, organismos infinitamente variados; así también en los espacios sociales cada individualidad, todas las individualidades á un mismo tiempo, conservan su autonomía sin que la lucha las arroje al aniquilamiento mutuo. Dijérase que es precisamente la lucha lo que las conduce á la asociación, del mismo modo que la atracción conduce al equilibrio de los mundos.

Es así como en el reino animal persisten y prodigiosamente se multiplican los peces chicos que los peces grandes se comen, según el dicho vulgar. Es así como la humanidad ha podido salvar todos los despotismos y todas las tiranías. La solidaridad ha sido el gran escollo de

la bárbara lucha ensalzada por los superhombres de todas las épocas.

El principio de toda existencia *parece* un principio de lucha. La existencia *es, de hecho*, una asociación, mil asociaciones, millares de millones de asociaciones. Existencia y coordinación son una misma cosa. La vida, podría decirse en términos algebraicos, es una función de dos principios contrarios, la lucha y la solidaridad, de los cuales conocemos el primero como apariencia y como realidad el segundo.

Cada molécula, cada planeta, cada sér viviente, plantas, animales, hombres, es para sí su todo y única realidad. Pero ninguna de esas unidades, compuestas de otras unidades, tendría realidad alguna fuera de lo que propiamente constituye la existencia, la relación coordinada, permanente y variable á un mismo tiempo, de todas las unidades, cualquiera que sea su naturaleza.

Y si en el mundo de lo inconsciente, en el mundo de las plantas, en el mundo de los animales, la resultante es la solidaridad ¿qué diremos con relación al mundo de los hombres? La *única realidad* de los Stirner y Nietzsche es pura quimera. No hay realidad fuera de la vida social. Somos por que coexistimos. Nadie, por poderoso que sea, podrá existir fuera de las relaciones que constituyen la realidad social. Cada uno es *todo* para sí, pero es *algo* por los demás. En vez de limitarse cada uno de nosotros, ensancha su esfera de acción mediante las relaciones de igual á igual. La libertad no tiene un límite en las otras libertades, tiene una ampliación. Cada individualidad es ella misma y un poco también cada una de las demás, del mismo modo que todo elemento de la materia es algo por sí y algo más por lo que toma á los otros. Lo que está potencialmente en el sér aislado, está en presen-

cia durante la vida de relación. Esta es la condición indispensable de todo desenvolvimiento.

¿Puede, ahora, establecerse una completa analogía entre el mundo físico y el mundo social? Vamos despacio que cada paso es un escollo.

Hay en el hombre un factor principal que lo diferencia del resto; hay la conciencia. Ningún determinismo osará afirmar y menos probar que el hombre funciona ni más ni menos que como una partícula cualquiera de materia inconsciente. Por mucho que se quiera reducir el elemento voluntad, y quien dice voluntad dice libertad, de ningún modo son susceptibles de identificación el hombre y la roca. El hombre elige, compara, acepta ó rechaza, ó bien siguiendo la expresión empleada en otras partes de este artículo, obra como si eligiera, comparara, aceptara ó rechazara. La vida social tiene por ello todos los caracteres de un concierto voluntario. No es menester ahondar más. A los efectos de buscar los mejores medios de convivencia social, lo repetimos, la parte psicológica de la cuestión no tiene gran importancia. Lo esencial es que el individuo pueda obrar como si eligiera, comparara y aceptara ó rechazara libremente.

Aunque la sociedad venga dada por las condiciones generales de la existencia, carece de realidad para el individuo mientras éste no entra en relación directa ó indirecta con sus análogos. El hecho de hallarse en presencia los unos de los otros, constituye por sí sólo la sociedad, pero no se hace efectiva sino mediante millares de millones de pequeños convenios para los que la libertad, toda la libertad es necesaria al hombre.

Tal es la razón fundamental de la anarquía. Libertad y solidaridad son su esencia, como demostraremos en el próximo artículo.

(Continuará.)

* * *

La libertad en la asociación

Sea cual fuere el origen de las sociedades, es evidentísimo que no fueron más que una unión espontánea de esfuerzos con objeto de sacar de ella el mayor partido posible con el menor de gasto de fuerzas. La idea de fuerza y de dominio no pudo nacer sino en el seno de los grupos en el curso de su evolución; pero de que los individuos se asociaron para sacar mayor partido de sus fuerzas unidas, no implica en modo alguno que hagan abandono de su autonomía.

Los partidarios de la autoridad afirman que para poder vivir en buena armonía los seres asociados, véanse obligados á abandonar una parte de su autonomía; á subordinar su iniciativa á una voluntad directriz; que una vez agrupados no pueden ser tan libres como aislados; que es preciso tengan á su cabeza una autoridad para hacer respetar la libertad de cada uno.

Esto es razonar con nuestros prejuicios recibidos, con la visión de una sociedad organizada de modo que ponga en antagonismo los individuos, y prueba tan sólo que á nuestros cerebros les cuesta grandemente elevarse hacia las concepciones nuevas.

Uno de los argumentos con que parecen triunfan los defensores del actual orden de cosas es este: «Nada existe en la naturaleza que no tenga su razón de ser; la evolución no se hace sino bajo la presión de causas que se engendran unas á otras. Las fases porque ha pasado la humanidad eran inevitables, necesarias, y vosotros sois unos utopistas al querer cambiar algo de la evolución humana.»

¿Ha sido útil al hombre comerse á sus semejantes, esclavizarles ó explotarles? ¿Ha sido beneficioso á la humanidad que una minoría de sus miembros fuese sola en hallar la satisfacción completa de sus

necesidades, que la posibilidad de desarrollar todas sus facultades estuviese reservada á un pequeño número en detrimento de los demás? Dejamos á los turiferarios del hecho consumado, el cuidado de afirmarlo; no perderemos nuestro tiempo investigando si esto hubiera sido mejor de otro modo; no podemos hacer que lo que ha sido deje de ser. Es inútil recriminar. Justificad el pasado tanto como queráis. Nosotros procuramos buscar y preparar otro porvenir.

Ciertos economistas, más ó menos impregnados de la teoría de la evolución y del determinismo, nos dicen que «no siendo libre el hombre, no obrando sino bajo la presión de causas exteriores, diga lo que quiera y haga lo que haga, será siempre juguete de las causas ambientes y que en nada puede modificar su evolución.»

Estos economistas no saben lo que se dicen. Si su razonamiento fuese justo, ¿por qué perderían el tiempo escribiendo grandes volúmenes para defender el presente estado de cosas, que bien se defendería él mismo si fuese verdad que este estado de cosas fuese una consecuencia inevitable del desarrollo humano?

«Esto engendra aquello.» Admitido. Pero del mismo modo que en un tiro de largo alcance basta en el punto de partida una ligera desviación del espesor de un cabello en el punto de mira ó que el viento oponga más ó menos resistencia para que la desviación de proyectil se traduzca á su llegada en una diferencia de metros, también hubiera bastado una causa infinitesimal en el establecimiento de las relaciones de los primeros seres para que la humanidad se lanzara por caminos bien diferentes.

De ningún modo tenemos la pretensión de que lo que ha sido deje de ser, pero

decimos que, actualmente, pudiendo intervenir la voluntad individual en el proceso de la evolución de la especie, el deber de cada uno es procurar orientarse hacia lo que le parece mejor en lugar de aceptar pasivamente lo que le parece detestable.

Verdad es que el hombre asociado, si quiere sacar partido de su asociación, debe subordinar su acción á la acción de los demás con quienes se unió. Esto es toda la parte de verdad que contiene la argumentación autoritaria; pero se equivocan cuando, arbitrariamente, sacan en conclusión que desde el momento que el hombre concierta y combina sus esfuerzos con sus semejantes, abandona una parte de su autonomía,—que, por lo demás, no poseería, según estos mismos razonadores, ya que, no siendo libre de dejar de comer si quiere vivir, de no dormir, de no sentirse halagado por ciertos perfumes é incomodado por ciertos olores, de no morir, sin contar otras mil necesidades naturales, se seguiría de ahí que la libertad sería para él únicamente una palabra, ya que, para obrar, tendría que alienarla.

El argumento es especioso. ¿Qué es la libertad sino la facultad de obrar según las necesidades de nuestro individuo fisiológico y psicológico, á satisfacción de nuestras tendencias? Es decir, á no ser un alocado por el espiritualismo, profundamente disgustado de la «vil materia» ¿quién tuvo jamás la pretensión de emanciparse de las necesidades físicas de nuestro cuerpo?

Si con otros compañeros me unzo á un carro para llevarlo á donde tengamos necesidad, es evidente que no iré á tirar hacia un lado mientras los demás tiren hacia otro contrario. El simple buen sentido me indica aquí que debo hacer converger mis esfuerzos con los de mis coasociados para obtener lo más pronto posible el resultado deseado.

Y entonces, ¿en nombre de que lógica

se va á sacar en conclusión de que he alienado mi libertad porque no he procurado contrariar los esfuerzos de los que concurrieron al mismo objetivo que yo?

¿En que estará aminorada mi autonomía por no haber obrado diferentemente del sentido común?

¿Quién pretendió jamás, al hablar de justicia ó de libertad, emancipar al hombre de las necesidades de su naturaleza?

Y de que esté sometido á necesidades fisiológicas, ¿ha de concluirse justificando la autoridad de sus semejantes sobre él? Yo no puedo pasar sin comer y sin dormir, pero puedo pasar perfectamente sin la autoridad del que extrae la mejor parte de mi trabajo ó quiere impedirme obrar según las necesidades de mi naturaleza.



Para que se imaginen parecidas objeciones los contradictores no cegados por el espíritu de autoritarismo, forzoso es que no puedan abstraer su pensamiento de una sociedad en que estando todo impuesto y contrariado todo se hace mal ó á regañadientes.

¿Cómo se quiere que los individuos no se rebelen ante las labores que les imponen y repugnan ó viéndose á cada instante dificultados en sus movimientos? Obligados á sufrir contactos que les repugnan, pero que les infligen las necesidades sociales actuales, es comprensible que la autoridad parezca indispensable. Pero esta necesidad es artificial como las causas que la engendran y no vengáis á erigirnos vuestra ignorancia como objetivo de la evolución humana.

Habiendo visto siempre operar las relaciones sociales bajo la férula del Estado, no habiendo nunca hecho acto de ser humano, sin el visto bueno de un poder religioso, económico ó militar, es imposible á los individuos de nuestras sociedades imaginarse un estado social en que las relaciones humanas puedan

establecerse libremente de individuo á individuo, de individuo á grupo, de grupo á grupo, sin otra sanción que su sola voluntad, sin otra salvaguarda que su sola buena fe, su simpatía por sus semejantes, el mutuo respeto á la iniciativa ajena y la neta consciencia de lo que uno vale y valen los demás.

La idea general que predomina en nuestra época, es la de una disminución de las atribuciones del Estado. Cada uno, salvo algunas excepciones, quiere ser libre de hacer lo que quiere, nadie quiere verse dificultado en su evolución; el ideal que se suele hacer del «buen gobierno» sería un gobierno que no se mezclara en nada, que nos dejase á solas con nuestros asuntos particulares, sin meter en ellos la nariz de un funcionario, que no pudiese aun que quisiese. Y nadie se apercibe de que el ideal formulado de este modo, es simplemente el ideal anarquista, ya que un gobierno reducido á estas proporciones, no sería un gobierno, sería una apariencia de tal; más lógico, el anarquista quiere, además, que el funcionario desaparezca con la función.

Lo que impide á los individuos sacar la conclusión lógica de sus raciocinios es

que, considerando siempre la sociedad actual con la organización antagónica de los intereses, no saben ver sin terror á los individuos entregados á sí mismos sin un poder ponderador. Se los imaginan, una vez libertados de sus cadenas, ocupados en forjarse otras nuevas.

Para imaginarnos una sociedad libre, es necesario que hagamos tabla rasa de las instituciones actuales; para formarnos una concepción neta de lo que podrán ser las relaciones entre individuos emancipados nos es necesario arrojar todo un bagaje de errores, de sofismas, de prejuicios, de opiniones preconcebidas, que ahora tienen curso porque se admiten sin comprobación, porque se nos machacan tanto desde que nacemos que ya nos es imposible concebirlas diferentemente. Y cuando queremos formarnos un cuadro del estado social futuro no sabemos verlo sino á través de la sociedad actual.

Pero cuando uno ha logrado desembarazar su cerebro de este cúmulo de errores, la cosa aparece enseguida tan clara, tan simple, tan verdadera, que pronto nos preguntamos como pueden los individuos haberse dejado limitar y ser tan estúpidos de dejarse oprimir por palabras y gobernar por mentiras.

Temps Nouveaux, París.

Miguel Corday

Una comida ilustrada

En la invitación que nos dirigió el Sr. de Frécharde se leía esta corta frase: «el menú será ilustrado.» Esperábamos un agradable bromazo, pues este viejo ricachón pasa por ser un espíritu original, epíteto de doble filo y que demuestra muy bien nuestro gusto rutinario, pues que confunde en un mismo vocablo

el hombre de ideas nuevas y el hombre de pensamientos locos. El Sr. de Frécharde desconcierta, en efecto, al pronto, por sus salidas, sus sarcasmos y sus fantasías; pero enseguida se descubre en él á un alma infinitamente compasiva y tierna debajo de este manto de malicia. Á menudo la ironía es el pudor de la bondad.

Los veinte selectos convidados reunidos en el vasto salón esperaban, por lo tanto, una ingeniosa sorpresa que especiara algún tanto el soso atractivo de la comida rogada. Su espera no quedó defraudada. Apenas se describió el doble portier que ocultaba el comedor, quedamos maravillados ante el singular aspecto de esta pieza. Las bombillas eléctricas, expresamente veladas de seda, dejaban escapar una luz débil. La mesa, en forma de herradura, crujía bajo el peso de la cristalería y de las flores. Su concavidad se volvía hacia la ancha puerta que da acceso á la biblioteca; pero una pantalla de lienzo blanco, encuadrado de verdosas guirnalas salpicadas de camelias; ocupaba aquel espacio. Por último, los convidados ocupaban los asientos situados en el lado convexo de la mesa, de modo que todos podían ver el lienzo, como los espectadores de los palcos ven el escenario en el teatro.

Los convidados echaron un rápido vistazo á la lista del menú, muy simple de forma y de fondo y sin viñeta. Ante nosotros teníamos ya estos platos de ostras en que las conchas descansan en alvéolos sobre un lecho de hielo machacado. Blandíamos los tenedores, cuando las mujeres lanzaron un grito de sorpresa azorada: una inmensa fotografía marina, muy luminosa, muy límpida, se proyectaba sobre el lienzo. El mar había dejado en descubierto un suelo de rocas negras y brillantes, después se extendía hasta la línea pura del horizonte en que la mirada dice adiós al mar. Pero la vista era cinematográfica: una pescadora de

ostras apareció, avanzó, con un pañuelo en la cabeza, los pies calzados con zuecos, la falda del vestido arremangada, y bajándose cogió las ostras con su cuchillo arrojándolas luego al cesto, con movimientos lentos y regulares. Nada tenía de aquellas siluetas aéreas y vaporosas que Feyen Perrin da á sus cancalesas. Esta viviente evocación de la pesca, mientras saboreábamos el olor y el sabor del mar contenidos en las frescas conchas nacaradas, nos pareció á todos encantadora y de una novedad que fué saludada con murmullos de aprobación.

El potaje—una crema de sagú—siguió rápidamente á las ostras é inmediatamente el lienzo llenóse con un bosque de palmeras animado por los negros trabajadores. Vestidos con un simple trapo blanco atado á la cintura, los negros leñadores abatían los árboles, les abrían el corazón y sacaban la médula cuyo jugo sabroso catábamos entonces. Golpeaban, arrastraban, tendían los troncos en pleno sol, cubierto el cuerpo de sudor. La escena, llena de colorido y de movimiento, nos divirtió. Hasta poco faltó que un árbol cayera sobre los trabajadores y este inofensivo alerta despertó nuestra hilaridad.

Apenas calmada ésta, el mar apareció de nuevo sobre la tela; pero un mar pesado y turbulento que lamía disimuladamente la muralla de una escollera y luego la golpeaba furiosamente, cubriendo su retirada con un manto de espuma. Una barca pescadora aparejaba al lado del muelle. En aquel momento trajeronnos el rodaballo. Mientras nosotros nos

servíamos distraidamente, los hombres izaban la sucia vela hecha de pedazos de tela mal cosidos, con el color y el aspecto remendado de una llanura en tiempo de labores. Cabeceó la barca, mordió el viento la vela y se alejó, desapareciendo lentamente del lienzo, dejando atrás las redes que pendían como banderas deshilachadas después de una batalla. Después desapareció todo. Ningún murmullo saludó esta escena tan pintoresca. Siempre las partidas están llenas de melancolía. El rodaballo, ofrecido por segunda vez, no tuvo éxito. Le hallábamos un sabor marino demasiado pronunciado, efecto sin duda de pensar en aquella barca de pesca hundida mar adentro.

Afortunadamente, en el intervalo de dos servicios, los criados mascullaron á nuestro oído el nombre de un vino venerable, mientras vertían en el vaso un líquido que olía á violeta. Pronto asistimos á una escena de vendimia. Las cepas subían al asalto de un collado como soldados en líneas apretadas, bajo el fuego del sol. En sus filas los vendimiadores agachados cortaban los racimos y los arrojaban á los cestos con aquel movimiento lento y regular que ya nos llamó la atención en la pescadora de ostras. La escena, bajo aquella luz ardiente, era regocijada, pero su alegría no se contagió á los convidados. El contraste era, sin duda, demasiado vivo entre la banal poesía de que rodeamos estas rústicas labores y la realidad fotográfica. ¿Por qué substituir estas camisas bañadas en sudor, estos espinazos curvados, estas

figuras de granito gastado por las intemperies, por las elegantes ficciones del grabado y de la pintura? Además, aquellos vendimiadores tenían demasiado calor. Solamente de verlos la sed nos devoraba.

La escena siguiente que acompañó á un succulento filete, fué más plácidamente encantadora. Un pastor guardaba los bueyes en un pasto. Sentado sobre una roca, permanecía inmóvil, perdido entre la inmensidad de las montañas. Ni siquiera esculpía una grosera figura de madera, como se acostumbra representarlos. Formaba parte de la naturaleza, como las piedras y la hierba. Nada turbó esta penosa inercia mientras comimos nuestro filete con salsa á la bearnesa. Un convidado aventuró un: ¡que interminable! sin soñar siquiera que aquel pastor permanecía inmóvil, no el tiempo de engullir tres bocados de carne, sino toda una vida.

Realmente sentíamos la necesidad de un cuadro más animado. Tuvimoslo con el faisán. En el dintel de una cabaña, una mujer llevaba á un niño en brazos, otros dos se colgaban á sus faldas. Un cazador furtivo hizo su aparición, abrazó á los pequeñuelos y acarició con la mano la sonriente mejilla de la madre. Después, mirando receloso entorno suyo, sacó de debajo su blusa una caza abundante, la enseñó triunfalmente á su compañera y entró en la vivienda. Unos segundos después, dos gigantes gendarmes detenían sus caballos delante de la cabaña. Uno de los dos echó pie á tierra, franqueó el dintel y volvió en se-

guida teniendo cogido al cazador por la espalda. Alargó á su compañero el fusil y la caza, piezas de convicción, amanilló al cazador furtivo y montó de nuevo á caballo. Los dos gendarmes, con el prisionero á pie, entre los dos caballos, desaparecieron. La mujer y los tres pequeñuelos lloraban al pie de la puerta. Esta escena, evidentemente bien representada por actores complacientes, no estimuló nuestro apetito. El faisán quedó intacto. Nos obligó á demasiadas reflexiones.

De igual modo la recolección de espárragos, que se desarrolló mientras gustábamos esta preciosa legumbre, no estaba hecha para excitar nuestro apetito. Nada tan tristón como estos inmensos jardines pantanosos de los alrededores de París, en que únicamente sobresalen los estanques de hierro montados sobre madera negruzca. Los mismos cuerpos doblados, iguales caras de piedra usada. Indudablemente que, sin dejar de escardar y cortar, habían mirado el aparato, porque parecía que nos sonreían dolorosamente.

Más terrible fué aún cuando la cosecha ilustró las sabrosidades de los postres. Jamás la dura labor de los campos se nos había aparecido tan de cerca bajo el implacable ardor del sol. Veíamos el sudor correr por frentes y nuca. Las carnes parecían de bronce mojado, y siempre aquellos cuerpos doblados,

aquellos movimientos animales, aquellas caras deformadas por la inclemencia del cielo. De pronto, una vieja se dirigió hacia nosotros; cegada por la luz, cubierta de sudor, reía espantosamente con su desdentada boca, enseñando desnudo su cuello de momia. Como se agrandara á medida que iba avanzando, llenando toda la tela, levantó una gritería entorno de la mesa. Pero la visión desapareció. El dueño de la casa se levantó. La comida había terminado.

De vuelta al salón, el Sr. de Frécharde se disculpó:

—Voy á felicitar á mi operador, dijo.

Apenas volvió la espalda que estallaron las recriminaciones:—Es de muy mal gusto.—Pésimo: nos ha quitado el apetito para ahorrarse comida.—No podré comer en ocho días, tengo el estómago asqueado.—¡Pobres gentes, sin embargo!—Pero, querido, ¿cómo harían estos trabajadores si no se dieran comidas en las ciudades?—Cuando se quiere hacer socialismo hay que saber escoger el momento.—Sí, entre comida y comida, pero no durante ella.—¿Cree V. que ha querido moralizar?—¡Pardiez! Es el «Mane, Thécél, Phares», escrito con rasgos de luz sobre el muro, durante el festín...

Pero como entrara el Sr. de Frécharde, las exclamaciones cesaron, siendo acogido por caras sonrientes y unánimes bravos.

De *Le Journal*, París.

Recibido: *Humanidad libre*, de Jumilla: (Murcia), dirección: Cervantes, 12; *El nuevo malthusiano*, dirección: ¡Salud y fuerza! Barcelona.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA